

fren. Terminaré mi plática citando un ejemplo de piedad.

Había en un pueblo una madre muy pobre que tenía dos hijas muy tiernas y vivían en la mayor indigencia. Grande era el peligro que corrían de perecer cuando inspirada un día la pobre madre llevó á sus hijas á la parroquia y presentándolas á la Santísima Virgen, le dijo: «Oh Madre compasiva, aquí te presento á mis dos hijas y á tu ternura confío su alma. Ten compasión de ellas y de mí.» Al regresar á su casa hallaron en ella á un desconocido que les entregó una fuerte cantidad de dinero y desapareció. Ya veis, pues, que María socorre á los desgraciados. Oh Madre nuestra del Buen Socorro, digámosle nosotros, en tí ponemos toda nuestra confianza; auxílianos en nuestras necesidades, sostenenos en nuestras debilidades. Da valor y fuerza á nuestra alma para arrepentirnos, y á nuestro corazón para que vivamos resignados. Derrama sobre nuestros males el bálsamo consolador de tu compasión. Tú eres el refugio de los justos así como de los pecadores. Sé nuestro consuelo, y si para conformarnos con la voluntad de tu divino Hijo debemos vivir en la pobreza durante nuestra peregrinación en la tierra, haz que nuestros sufrimientos sean fecundos en la eternidad, y condúcenos por el camino del Calvario al delicioso descanso del Thabor.—ASÍ SEA.

MARIA EN EL SEPULCRO DE JESUS

DIA VEINTIUNO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Defecerunt præ lacrymis oculi mei, conturbata sunt viscera mea.

Thren., II, 11.

Angustia possedit me sicut angustia parturientis, corruí cum audirem, cum viderem; tenebræ stupefecerunt me.

Isa., XXI, 3.

Interiora mea efferbuerunt absque ulla requie; prævenerunt me dies afflictionis, moriens incedebam.

Job, XXX, 27.

Tribulationem et dolorem inveni: circumdederunt me dolores mortis.

Psal., CXIV, 3.

Inundaverunt aquæ super caput meum; dixi: Perii. Invocavi nomen tuum, Domine, de lacu novissimo.

Thren., III, 54.

Vocem quasi parturientis audivi, angustias ut puerperæ. Vox filiæ Sion intermorientis, expandentisque manus suas: Væ mihi quia defecit anima mea,

Jerem., IV, 31.

Cor meum conturbatum est, derelequit me virtus mea. Lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum.

Psal., XXXVII, 10.

Tribulationem meam ante ipsum pronuntio, in deficiendo ex me spiritum meum.

Psal., CXLI, 2.

Recordare, Domine, quid acciderit nobis: intueri et respice opprobrium nostrum. Hereditas nostra versa est ad alienos, domus nostra ad extraneos. Pupilli facti sumus absque patre, matres nostrae quasi viduae aquam nostram pecunia bibimus.....Lassis non dabatur quies.

Thren., V, 1.

Defecit gaudium cordis nostri: versus est in luctum chorus noster, ideo contenebrati sunt oculi nostri.

Ibid., 14.

Dominus pars hereditatis meae et calicis mei, tu es qui restituas hereditatem meam mihi. Quoniam non derelinques animam meam in inferno, nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.

Psal., XV, 6.

Benedicti vos a Domino qui fecistis misericordiam hanc cum Domino vestro, et sepelistis eum: et nunc retribuet vobis quidem Dominus misericordiam et veritatem: sed ego reddam gratiam eo quod fecistis verbum illud. Confortentur manus vestrae, et estote filii fortitudinis.

II. Reg., II, 5.

Post tempestatem tranquillum facis, Domine, et post lacrymationem et fletum exultationem infundis: sit nomen tuum, Deus Israel, benedictum in saecula.

Tob., III, 22.

Ad vesperum demorabitur fletus et ad matutinum letitia.

Psal., XXIX, 6.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. La madre desconsolada sostenía la cabeza de su Hijo y regaba con sus lágrimas aquel divino rostro helado por la muerte. En medio de los sollozos que le arrancaba su profundo dolor se le oía exclamar: «Oh Hijo mío amoroso, ¿qué habéis hecho para que os diera los judíos una muerte tan cruel? ¿Qué crimen cometisteis para que os crucificaran? Inocente sois, oh Hijo mío, pero así es como habéis querido rescatar á vuestros hijos para que las generaciones venideras comprendan con esto todo el amor que teníais por los hombres.» (*Bernard. in Lament. B. M. V.*)

II. En mis rodillas descansais ya cadáver. ¿Qué haré yo que soy vuestra madre? ¿Cuán grande es mi dolor, Hijo mío, al veros así, cuando erais mi consuelo, mis delicias y mi vida! ¿Qué es de aquella inexplicable alegaía que llenaba mi alma el día en que nacisteis? ¿Qué cambio, Hijo mío! ¿Cuán amarga es la tristeza que ha reemplazado esa dicha! Decidme, amado mío, único amor mío y único bien del mundo, ¿por qué me habéis sumergido en un pesar tan grande, por qué hay ahora una distancia tan grande, entre los dos? (*Id. Ibid.*)

III. Tened piedad de mí, oh, vosotros que sois mis amigos; no le arranquéis tan pronto de mis brazos. Dejad que contemple su helado rostro para que una vez más sienta este último consuelo. No le ocultéis tan pronto á mis ojos para enterrarle en el sepulcro. Depositad lo más bien en brazos de su pobre madre, para que ni la muerte pueda separarnos. Si tanta prisa tenéis en enterrarle, sepultadle conmigo siquiera, porque ¿qué será de

mí sin Él? ¿Por qué viviré yo si mi hijo no existe ya? (*Id Ibid.*)

IV. Mientras José y Nicodemus depositaban al Salvador en el sepulcro, su desconsolada madre quería sepultarse con Él. Después de haberse cumplido aquel triste deber, María se abrazó de la piedra del sepulcro y llamó á su Hijo dando lastimosas quejas. Apoyó su cabeza contra la lápida del sepulcro, y extendiendo sobre ella los brazos besó con amor ese santuario cerrado que contenía su tesoro y se abandonó á los sollozos. Su nuevo hijo Juan se acercó á ella y la levantó, y la desventurada madre entró en Jerusalén sostenida por algunas santas mujeres que lloraban con ella. (*Id Ibid.*)

V. La Santísima Virgen vivía en la casa de Juan. Lloraba sin consuelo noche y día entre sus amigos y sus hermanas, y ni aún el discípulo querido podía aliviar su dolor. Entregándose á él, recordaba las diversas circunstancias de la pasión de su hijo, á quien habían escupido y llenado de oprobio y sarcasmo, y hablaba incensantemente de la corona de espinas, de la cruz, de los azotes y de los ultrajes de que fué víctima. (*Id Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. Desconsolada estaba María sosteniendo en sus rodillas el cuerpo inanimado de Jesús.

Pero su desconsuelo era tranquilo; no era pasivo, inerte y embrutecido como suele serlo el de las personas que han sido víctimas de la crueldad. Rota tenía la paz del alma, pero permanecía sosegada, recogida y llena de majestad, y obraba con esa silenciosa vivacidad que indica

siempre la presencia de Dios en el alma. Nunca se vió un corazón tan desgarrado como el de María.

El pasado reflejaba en el semblante de todos los que rodeaban á María. Juan ocupaba el lugar de Jesús, Magdalena le recordaba las horas tranquilas que habían pasado en Bethania, y José de Arimathea ofrecía la imagen del primer José, que era tan puro y candoroso. Nicodemus, renovó con la mirra y el aloé la ofrenda de los reyes magos, no de una manera profética, sino en realidad, porque los aromas servían para embalsamar su cuerpo; y mientras esparcía perfumes en el cuerpo de Jesús, se acordaba de que Magdalena le había ungido de antemano para la sepultura. *Ad sepeliendum me fecit.*

II. María se vió desconsolada después de la sepultura de Jesús.

Cuando perdemos á un ser querido, nuestro desconsuelo es inmenso. Mientras ese ser permanece á nuestra vista, nos parece que le poseemos todavía, aun cuando sólo contemplemos su cadáver; pero desde el momento en que desaparece el todo, se llena nuestro corazón de vacío y reina en él una soledad inmensa. Aunque indebida, hagamos una comparación entre la pérdida que sufrió María y la que sufriríamos nosotros perdiendo á la persona que más querida nos fuese, y el dolor que sentiríamos nada sería comparado con el de Nuestra Santísima Madre. ¡Oh cruel separación! María fué separada de Jesús.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. Era, en fin, llegada la hora de dar sepultura á Jesús, y María, con serenidad y recogimiento, invitó á los discípulos allí presentes á formar la fúnebre comitiva: eran José de Arimathea y Nicodemus, con algunos de sus fieles criados; Juan y Magdalena, las santas mujeres que habían acudido al pie de la cruz, y junto con ellos el centurion convertido que, en el

momento de espirar Jesús, le había confesado Hijo de Dios. Quizás también, como lo han supuesto varios santos, habían concurrido al Calvario algunos apóstoles y discípulos de Nuestro Señor. Triste en verdad era el haber de poner fin á un tierno espectáculo de sublime dolor; pero había de cumplirse lo que estaba escrito, y la Santísima Virgen, con heroica serenidad, se desprendió del divino tesoro que yacía en su regazo. ¿Quién más que ella tenía derecho á tocar el cuerpo de Jesús? ¡Ah Madre amadísima! Tú sabes que hoy ya le tememos todos, que todos los pecadores, de quien tú eres refugio común y Madre amorosa, podemos hacer nuestro el Sacratísimo Cuerpo de tu Hijo, como herederos universales.—(Faber, *María al pie de la cruz*, cap. VIII).

II. Ya el fúnebre cortejo va camino del nuevo Edén, en donde ha de plantarse en la hoya de una piedra aquel árbol incomparablemente más precioso que todos los del Edén primitivo, más que el árbol de la vida, pues que á los tres días había de florecer con lozania inconcebible. En aquel huerto plantado de viñedo y de ópimos olivares, iba á plantarse una vid de frutos que había de regocijar el corazón del hombre como jamás lo pudieran las más lozanas de Engaddi, y un renuevo de aceite singular que había de ser para el mundo, bálsamo inagotable de todos los dolores. Sobre la haz de la tierra no había flor alguna que, ni por sus preciados colores, ni por su graciosa contextura, ni por sus delicados perfumes pudiera compararse con aquella flor marchita que en aquellas andas iba para reanimarse en breve con el más refulgente sol de la más espléndida primavera. Caminando siguen al huerto, iluminados ya por los tibios rayos de la luna que á la sazón descendía por la bauta de Occidente, lentos y mudos como las nocturnas horas: la ciudad hubiera podido alborotarse oyéndoles cánticos, ¿ni cuáles pudieran cantar adecuados á solemnidad tan extraordinaria? El arpa misma de David hubiera sido trivial armonía para celebrar tan excelsa pompa. Tampoco hablaban, ¿qué hubieran podido decirse? qué palabras hubieran podido expresar sus pensamientos? «De la abundancia del corazón habla la boca,» es cierto; pero cuando el corazón está lleno de faltas palabras. Jamás entre los hombres se había visto afección tan honda como la que entonces anublaba el camino del Calvario al sepulcro: en sólo el corazón de María reinaba lo bastante para anublar el universo: limitada era, como de criatura al fin, mas tocaba los liendros de lo infinito. Sólo un sacrificio podía ya ofrecer, y le estaba consumando: aquel cuerpo helado era para Ella más que la vida, y se iba á apartar de él, y á dejarlo en el hueco de una piedra para que le guardasen allí con malévola vigilancia, los soldados romanos.—(Faber, *María al pie de la cruz*, cap. VIII).

III. Debemos contemplar á la gloriosa Virgen recibiendo entre sus brazos y sobre sus rodillas el cuerpo inanimado de su Hijo. ¡Cuán abismada está en el océano de su amargura, y cuán hondos son los suspiros que salen de su corazón! Venid, ángeles del cielo, ángeles de paz, venid á consolarla y á llorar con ella. ¡Oh Madre infortunada! Vedla estrechando convulsivamente contra su corazón el desgarrado y amoratado cuerpo; ved cómo sin temer las aguzadas espigas que la rodean, besa la mustia cabeza

de su Hijo que inunda de lágrimas, cubriendo su propio rostro con la sangre que mana de las heridas inferidas á Jesús. ¡Oh tierna Madre! ¿Es este el Dios que se encarnó en tí? ¿Es este el que tan gloriosamente concebiste, el que diste tan alegremente á luz, el que amamantaste tan gozosa y tan cuidadosamente educaste? ¿Qué es de tu pasada alegría? ¿Dónde está el espejo de hermosura en que acostumbrabas contemplar el fruto bendito de tus entrañas? Si le contemplas ahora, verás que sus miradas no responden á tus miradas. No puedes hablar ya con él en dulce coloquio, porque sus oídos están cerrados y mudos están sus labios.

¿Será posible que paséis tantos dolores sin quejaros? Nada dirá vuestra boca, pero en cambio mucho hablará vuestro corazón. ¡Oh vida muerta, oh luz apagada, oh hermosura ajada! ¿Qué manos ingratas y crueles os han desfigurado así, Hijo mío, cuando erais el más hermoso de los hijos de los hombres? ¿Qué corona es esa que rodea vuestra frente, santuario de tantos pensamientos divinos y de una doctrina tan sublime y con tanta dulzura enseñada? ¿Qué es lo que veo en vuestro seno sobre el que se reposó el amado discípulo y de donde sacó los secretos inefables que deberá comunicar á los hombres? ¿Son esos los ojos cuyo brillo ofuscaba la luz del sol? ¿Son esas las manos cuyo tacto transformaba las sustancias, curaba á los enfermos y resucitaba á los muertos?—(Santa Catalina de Sena, *primera meditación para el Sábado*).

IV. Detengamos sobre esto nuestros pensamientos. No tratemos de figurarnos cuáles fueron los dolores de María, ni de comprender lo incomprendible. Meditemos sobre el exceso de su pesadumbre, pero más que comprenderla, procuremos imitarla. A imitación de la Virgen, llenemos de tal modo nuestro corazón con la pasión de su Hijo, que la abundancia de nuestro dolor deje cerrada para siempre la puerta á los goces del mundo. Insoportable es la vida para María. Desde que murió su amado, nada puede serle ya grato. No será ella, oh Padre Eterno, la que vea eclipsado tu sol y apagados los fuegos del cielo. La luz de la Virgen no brilla ya. No necesitáis ya desquiciar los fundamentos del mundo, ni cubrir de horror la naturaleza toda, ni que amenacéis á los elementos todos con encerrarlos en el caos primitivo. Al morir Jesús, todo está para ella cubierto de tinieblas; la figura de este mundo ha pasado para ella, y donde quiera que vuelva los ojos no halla sino las sombras de la muerte. *Quidquid aspici-bam, mors erat.* (San August., Conf., tit. IV, cap. IV).—(Bossuet, *sermón sobre la Concepción de la Santísima Virgen*).

V. Cuantos acompañaban á María posternáronse también al pie del sepulcro, y adoraron profundamente el cuerpo de Jesús, retirándose después tristes y mudos. José, como nos dice San Mateo, «revolvió una grande losa á la entrada del sepulcro, y se fué.» María, Juan y Magdalena se volvieron con lento paso al Calvario. Bien necesitaba Nuestra Señora algún reposo, después de la terrible agonía que de pasar acababa; mas no hay tregua posible todavía para su corazón destrizado, pues agobiado y todo como estaba por el horrendo trance postrero, restábase otra prueba antes de irse á la vivienda de Juan en Jerusalén: hela aquí. Yacía tendida la cruz en el suelo cuando la Santísima Virgen y el discípulo amado lle-

garon al sacro monte, y á la escasa luz de la luna, cuyo disco agrandado, meciéndose en la extrema línea del horizonte, irradiaba sus trémulos fulgores á flor de tierra, divisaron el santo madero; María se detiene, y cae de rodillas para adorarle, y amorosa le besa; parte en señal de reconciliación con aquel instrumento de crueldades tan fecundas en misericordias, parte por venerar el objeto más precioso que ofrecérsela pudiera después de sepultado el cuerpo crucificado en él, parte por adorar con especial adoración la Preciosísima Sangre que le teñía. Es piadosa tradición, que al incorporarse tenía enrojecidos de aquella sangre los labios; terrible sello de amor, que el Hijo imprimía en la boca y mejillas de su madre. ¡Oh, Virgen Santísima! ya sabemos por qué dice de ti el cantar de los sagrados amores, que «tus mejillas son como la corteza del granado sin contar lo que dentro se esconde.» ¡Oh, boca teñida en sangre, órgano melodioso de tu alma celestial! ¡Cuántas cosas han pasado desde que cantó aquel *Magnificat* admirable! Y aun es más elocuente ahora tu silencio que lo fué tu cántico entonces.

Ya se aleja del Calvario. Allá abajo se divisa como gigantesco tumulto envuelto en la bruma de la noche, la ciudad decidida sembrada aquí y allá de luces entreveladas y de vagos rumores; María la mira sin rencor, y ni una palabra amarga la dirigen sus labios ni la envía su pensamiento; abrazóla toda con su mirada, des te el templo hasta los postigos de sus muros, y ya con espíritu profético la ve cercada por las huestes de Tito, y á las madres hambrientas matar á sus propios pequeñuelos para devorarlos, ve, como nube dorada por el sol poniente, retirarse de la antigua Sion el aureola preciada con que Dios la ciñó un día como á la ciudad predilecta de su amor, y lloró por ella, como poco antes el Justo sacrificado por aquel pueblo escogido del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, había llorado también con lágrimas de compasiva ternura, llamándole á penitencia. ¡Oh, ciudad infeliz! ¡buen modo has tenido de responder á tan misericordioso llamamiento! ¡Crucificar al que por tí lloraba, Aquél á quien victoreaban con *Hossanna* clamoroso tus inocentes niños y tus mancebos aun no contaminados! ¡Desdichada Jerusalén! Bien sabe María la sentencia que inexorable te condena, y sin embargo, su gran corazón te compadece y te ama, y dióla toda su sangre por verte convertida.—(Faber, *María al pie de la cruz*, cap. VIII).

ARTÍCULO V

PLÁTICA XXV

NUESTRA SEÑORA DE LAS VIRTUDES

Si la tierra no nos ofrece, hermanos míos, sino desconsuelo y desengaños, como lo demostramos ayer, es porque fué maldita desde un principio, y sigue siéndolo todos los días más y más á causa de sus iniquidades. No sin razón se ha dicho que el hombre es el peor enemigo de sí mismo, y los sufrimientos que padece son hijos de sus propios vicios. Si suprimiéramos el vicio, suprimiríamos con él la mayor parte de los males que afligen á la humanidad. Si la virtud pudiera ocupar el lugar que ocupa el vicio, los sufrimientos serían llevaderos, porque los sentimientos de virtud que bebemos en las fuentes de la fe cristiana nos harían aceptables las pruebas de la vida y llevaderas como una expiación merecida y algunas veces necesarias. «*Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.*» (Tob., XII, 13).

Puesto que la virtud ejerce una influencia tan grande en nuestra suerte, pidamos á Nuestra Señora de las Virtudes que aumente las nuestras ó nos haga adquirir las que no poseemos. Cerca de París se levanta en la parroquia de Aubervilliers una capilla consagrada á Nuestra Señora de las virtudes, y muchas cosas nos dice de ella la historia. Luis XIII se dirigió allí después de la toma de la Rochela, para dar gracias á la Santísima Virgen por el triunfo que acababa de obtener, triunfo que era político en parte y en parte religioso. No podía faltar entre nosotros un templo dedicado á Nuestra Señora de las virtudes, á aquella de quien ha dicho el Espíritu Santo:

«Eres toda hermosa y no hay mancha alguna en tí.» *Tota pulchra es et macula non est in te.*

María poseyó todas las virtudes; y la que más le agradó y estimó fué la pureza.

Cuando se le presentó el arcángel Gabriel, portador del mensaje que le proponía la gloria de la maternidad divina, dice el evangelio que la vista del embajador celestial la llenó de turbación. ¿Por qué se turbó de ese modo? La flor que abre su hermoso capullo tiembla al primer soplo de la pasajera brisa; así también se alarmó el pudor de la Virgen al recibir aquella extraordinaria visita que no ofrecía ni la menor sombra del peligro; tal era el afán con que cuidaba de la pureza de su alma; tal era también el empeño con que conservaba semejante tesoro.

Concebida sin mancha original desde un principio, permaneció el resto de su vida inaccesible á la corrupción. La sagrada Escritura la compara con un lirio que crece entre las espinas. (*Sicut lilium inter spinas.*)

Nos cuenta la santa Iglesia que fué desde sus más tiernos años á depositar su alma á la sombra del santuario y que más tarde permaneció siempre pura en medio de la corrupción del mundo: *Virgo purísima.*

Así convenía, pues era necesario que ella, que debía inaugurar la nueva era del heroísmo cristiano, se presentase en el mundo con la aureola de una virtud superior á la naturaleza humana. Nadie ignora que la pureza es una virtud esencial y exclusivamente cristiana. El paganismo que había presentado su excelencia, hizo poderosos esfuerzos por crear una imagen de la virtud. La prodigó el oro y la rodeó de honores para sostenerla por medio del orgullo y del temor. ¡Inútil precaución! Lo más perfecto que bajo este respecto pudo crear el mundo pagano, fueron las vestales, que fué una asociación de vírgenes; la historia nos enseña lo que fueron las vestales.

Reservado estaba al cristianismo hacer florecer esta

flor de la pureza. Sólo él tenía el poder de crearla, y sólo esta creación bastaría para señalar su establecimiento en el mundo. Dios, fundador de la religión cristiana, estaba hasta cierto punto obligado á darle la pureza como una señal distintiva, puesto que tantas veces manifestó de una manera tan viva que era enemigo de la impureza.

¡Cuánto nos dice sobre esto la sagrada Escritura! Después que prevaricó Adán en el paraíso terrenal, después que Caín hubo manchado sus manos con la sangre del justo Abel, hizo oír el Señor su voz y pronunció severas penas contra los culpables; sin embargo, no pronunció contra ellos una sentencia de muerte inmediata. Mas cuando el hombre hubo corrompido sus caminos, como dice la Escritura, cuando se engolfó en las torpezas de la carne, Dios, no pudiendo contener ya su cólera, se arrepintió de haberle formado y resolvió exterminarle. Si no desapareció la humanidad entera sepultada bajo las aguas del diluvio, fué porque encontró una familia pura, que no merecía ser comprendida en el castigo general.

¿Por qué se dirigieron un día los ángeles á las ciudades de Pentapolis? ¿Por qué reuniendo sobre ellas montañas de fuego y de azufre las hicieron desaparecer bajo ese horrible diluvio? ¿Sabéis por qué? Porque todas ellas se habían hecho culpables de impureza.

Por un sólo crimen de esta naturaleza castigó Dios á David haciendo morir á setenta y cinco mil de sus súbditos.

La corrupción fué causa de la destrucción del imperio de Nínive; ella fué también la que abrió los sepulcros en que duermen los pueblos de la antigüedad. Así es cómo al resolverse Dios á cambiar la faz del mundo, pone la pureza como basa. Quiere que el hombre nuevo sea enteramente á semejanza suya, y Dios es esencialmente un espíritu puro. El reinado de los sentidos y de la materia ha pasado ya, y comienza el de la belleza moral.

He aquí porque los dos tipos, los dos jefes de la reli-

gión cristiana, Jesús y María, están exentos de las manchas de la carne, sin dejar de estar sujetos á las demás enfermedades del humano linaje. He aquí por qué después de ellos han podido tantas generaciones formadas en la escuela del cristianismo, contemplar los admirables ejemplos de pureza, ofrecidos por los discípulos de esta moral sublime. El último juicio nos mostrará los numerosos ejércitos de hombres y mujeres que, revestido su cuerpo de lodo, han sabido dominar sus instintos ardientes y conservar en su primera limpieza su ropa bautismal. ¡Gloria á ellos!

Si hay entre las virtudes una más difícil que las otras, si hay una victoria que exija más valor y más esfuerzos, es la que nos permite dominar las inclinaciones de nuestro corazón. El guerrero que derrama su sangre en los campos de batalla defendiendo á su patria, se cubre de gloria inmortal, y su país debe levantarle un monumento imperecedero. Nosotros somos los primeros que aplaudimos esos premios tributados al mérito.

Sin embargo, si tuviéramos en nuestras manos una corona y nos encontráramos junto á uno de esos héroes de las armas y de otro menos brillante, menos conocido; uno de esos héroes que luchan invencibles contra las pasiones ¡oh! no titubearíamos ni un instante, y en su frente depositaríamos la corona. Guerreros se han visto que han cruzado los campos de la gloria en medio de una atmósfera llena de proyectiles matadores, sin titubear; y una vez obtenida la paz han marchitado sus laureles ante los miserables ídolos de la voluptuosidad.

Los hombres de hoy carecen del valor necesario para luchar contra las pasiones y el flujo corruptor que cruza este mundo por medio de los teatros, los sentidos, los libros, los periódicos y nuestras depravadas costumbres. No nos hagamos ilusiones, hermanos míos, con el vicio no se hace nada que sea grande y bueno. Los pueblos mueren más

bien á causa de sus vicios que á causa de sus guerras. En cuanto á los individuos, los que se abandonan cobardemente á los impulsos de su naturaleza, acaban con sus bienes y con su salud.

Tengamos presente, hermanos míos, que si todo conspira contra la pureza de nuestras almas, que debe brillar siempre limpia como un espejo, Dios nos ha concedido fuerzas para luchar contra todo. María es nuestra reina y es la reina de las virtudes. Luchemos valientemente con ella y por ella, pongamos freno á nuestros sentidos, dominemos nuestra desarreglada imaginación, y confiando en la poderosa intercesión de la Virgen, digámosle: ¡Oh Madre purísima, ruega por nosotros!—ASÍ SEA.